

superhombre. Por todo lo anterior, creo que en términos estrictos si dé lo mismo hacer filosofía, arte o matar es una preocupación fundamental de Paulina Rivero, pero no una postura de Nietzsche, para quien el problema del orden jerárquico de los instintos y afectos es fundamental. No por ello el acercamiento entre la verdad y la ética como lo hace Rivero en *Nietzsche: verdad e ilusión* deja de ser fundamental y necesaria, justamente hoy donde la línea divisoria entre lo tolerable e intolerable, perdonable e imperdonable, se vuelve imperceptible.

REBECA MALDONADO

*Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México*  
rinaldo@colmex.mx

Joaquín Xirau, *Obras completas*, Edición de Ramón Xirau, Fundación Caja de Madrid y Anthropos, Rubí (Barcelona), 1999.

La publicación de las obras completas de Joaquín Xirau nos permite, por fin, conocer en su integridad el pensamiento del filósofo catalán. El primer tomo contiene sus obras fundamentales, entre las que sobresalen *Amor y mundo* y *Lo fugaz y lo eterno*. El segundo tomo recoge sus escritos sobre la educación y el humanismo hispánico, entre ellos *Manuel B. Cossío y la educación en España* y *Vida y obra de Ramón Lull*. El tercer tomo, en dos volúmenes, incluye sus escritos sobre historia de la filosofía, entre los que destacan sus libros sobre Leibniz, Descartes y Husserl, además de diversos ensayos sobre historia de la filosofía y otros temas.

Ojalá que la publicación de las obras completas de J. Xirau sirva para que se escriban más estudios sobre su filosofía tomada como una totalidad orgánica y sistemática. Por ejemplo, un estudio de sus obras que siguiera un orden cronológico y en el que se señalara el desarrollo y los cambios de su filosofía. De esta manera sus libros sobre Leibniz, Rousseau, Descartes y Husserl podrían verse como momentos de un recorrido hacia una filosofía propia. De cada uno de estos autores, y de otros como Platón, San Agustín, Hume, Kant, Scheler y Bergson, J. Xirau va adoptando y descartando ideas para ir conformando una filosofía original. Es interesante, por ejemplo, ver la manera en la que J. Xirau, como otros filósofos importantes del siglo pasado, entra y sale de la fenomenología husserliana. J. Xirau se da cuenta de que el sujeto husserliano no permite comprender de qué manera vivimos con los otros y para los otros. Pero a diferencia de Levinas, que para rescatar al otro sale de la órbita greco-cristiana, J. Xirau encuentra una subjetividad que puede estar abierta a la alteridad a través de una síntesis que él efectúa entre amor platónico y la *charitas* cristiana.

Las obras completas de J. Xirau también nos dan recursos para no caer en la tentación de ocuparse exclusivamente de *Amor y mundo*. A mí me parece que *Amor y mundo* es, sin demérito de sus demás obras, la más perdurable, una de las fundamentales de la filosofía en español del siglo xx. Es un libro sólido y hermoso, pero de no fácil lectura, ya que así como puede ser sugerente y profundo, puede ser ceñido e insondable. Aunque muchas de sus ideas habían sido expuestas con anterioridad,

incluso con las mismas palabras, en *Lamor i la percepció dels valors*, da la impresión de haber sido escrito con cierta urgencia. No con prisas, sino con un apremio íntimo de poner en el papel ideas muy cercanas a su autor que son, a la vez y por su propia naturaleza, inaprehensibles. Esto hace que J. Xirau se vea obligado a recurrir en no pocas ocasiones a la metáfora para expresar sus ideas. Por ejemplo, en algún momento en *Amor y mundo*, J. Xirau afirma que por el amor y el rencor, la realidad, sin dejar de ser la misma, cambia radicalmente hasta convertirse en otra. Pero ¿cómo entender esto de que la realidad cambie y siga siendo la misma? J. Xirau resuelve el enigma con una hermosa metáfora: de la misma manera —dice— cambia el aspecto del campo de trigo, según los azares del viento o el estado atmosférico (p. 209). Pienso que sería injusto —o, mejor dicho, obtuso— criticar a *Amor y mundo* por esta forma en la que está escrita. Hay cosas importantes que para decir las se deben utilizar todos los recursos del lenguaje. Se puede elegir guardar silencio antes que salirse de los límites del lenguaje literal, pero no es claro, al menos no para mí, que ésta sea la mejor opción. Es preferible, creo, usar bien las metáforas, *i.e.* encontrar las verdaderamente iluminadoras, y luego trabajar con rigor, método y paciencia para extraer de ellas su contenido filosófico. Hay en *Amor y mundo* mucho material para realizar esta tarea reconstructiva.

A lo largo de *Amor y mundo*, las nociones de amor, sentido, valor y ser van entretejiéndose. Pero hacia el final del libro, J. Xirau se enfrenta a un serio dilema. Por una parte, si el amor es el valor supremo y fuente de todo valor, es posible que la cosa más ínfima y no la más alta sea la que merezca el más grande amor. De esta manera no habría una jerarquía objetiva de los valores y la única jerarquía sería la de lo amado. Pero, por otra parte, si en efecto existe una jerarquía objetiva de los valores y el mundo tiene un orden legal objetivo, no sería el amor el juez de los valores, sino los valores jueces del amor, *i.e.* los que lo califiquen de bueno o malo según sea el caso. Xirau interpreta este dilema como un conflicto entre los actos y los contenidos de la conciencia amorosa. La *charitas* enfatiza el acto, el *eros* sus contenidos. Xirau ofrece una arriesgada respuesta dialéctica a este dilema. Es un error, dice, considerar de manera exclusiva a los actos o a los contenidos de la conciencia amorosa. Sólo por abstracción los consideramos separadamente.

El ser y el valor, dice, sólo se dan en una realidad dinámica de contradicción y de confluencia. Lo cito:

La realidad concreta y el valor no es posible que se hallen nunca en el puro “sujeto” que es por sí mismo una pura nada, ni en el “objeto” puro que se reduce por sí mismo a otra nada, sino precisamente entre uno y otro, en la dinámica de su mutua confluencia. Todo lo siento en mí y me afirmo yo en todo. Nada hay absolutamente ajeno a la subjetividad. Aun en la abstracción más pura hay un acto de amor. Mediante él su “objetividad” se incorpora a la subjetividad y se hace mía. El arco sujeto-objeto, es la categoría suprema que hace posible la realidad del ser y del valor. (p. 242)

J. Xirau es un pensador dialéctico; como Hegel, niega la verdad absoluta del principio de no contradicción. ¿Es también un idealista? Para responder esta pregunta hay que examinar su teoría del ser por referencia. Xirau piensa que es falso, como afirma Spinoza, que todas las cosas que son o son en sí o son en otra cosa. Todo es en relación con algo y por referencia a algo. Todo es centro de irradiación y de confluencia.

El tintero sobre mi mesa está determinado por mí, pero yo también por él. A su vez, el tintero y yo estamos determinados por el resto de las cosas. No es Xirau un realista ingenuo ni tampoco un idealista ingenuo. Su ontología se parece más bien a la de Leibniz, en aquello de que cada cosa, al estar relacionada y, por tanto, determinada por el resto del cosmos, es en sí misma, un microcosmos, un reflejo de la totalidad. El ser de las cosas y de mí mismo, dice Xirau, se constituye en la confluencia de la infinidad de proyecciones y referencias que hacen a todo lo demás y reciben de todo lo demás. Una doctrina ontológica similar, por cierto, se encuentra en el último Whitehead. Y es que para Xirau, como para el filósofo inglés, el ser es tránsito permanente y por eso, a fin de cuentas, las dicotomías tradicionales de sustancialismo y el subjetivismo son todas falsas. El ser y el valor, así como el sujeto y el objeto, al estar inmersos en una red dinámica de penetraciones y de resistencias, de trascendencias y de inmanencias, son, a fin de cuentas, abstracciones si se las considera realidades estáticas, fuera del devenir y, sobre todo, de la relación necesaria, estrechísima, de identidad dialéctica que tienen con sus contrarios.

Como hemos visto, la ontología de Xirau rechaza los principios clásicos de la lógica de la identidad. Por esto podría criticársele desde una posición que pretenda resguardarlos y rescatar, de esta manera, el fundamento lógico de una ontología sustancialista. Pero me parece que la ontología de Xirau también podría ser criticada por estar basada en la doctrina de las relaciones internas, a saber, en el supuesto de que si para cualquier X y cualquier Z, si X y Z están relacionadas de cualquier manera, X y Z son lo que son en virtud de dicha relación y dejarían de existir si cesaran de estar relacionadas. Ahora bien, dejando a un lado una posible crítica a la lógica dialéctica de J. Xirau, a mí me parece que habría razones para rechazar la doctrina de las relaciones internas y, por tanto, la del ser por referencia. Lo que diríamos es que ni todas las relaciones son internas, ni todas son externas, y que, por lo tanto, el ser no puede ser mera referencia, como pensaba J. Xirau, ni mera sustancialidad. Sin embargo no es este el lugar para intentar una crítica a la ontología de J. Xirau. Una labor así requeriría un análisis más detallado de los razonamientos que nos ofrece a favor de su tesis. Ahora bien, si aquí he esbozado una objeción a unos de los principios de la ontología de *Amor y mundo*, lo he hecho con la plena convicción de que la lectura crítica de un texto filosófico del pasado es la mejor manera de hacerlo presente. Con este mismo ánimo, y de manera muy breve, quisiera expresar algunas dudas sobre la concepción del amor en Xirau, en particular sobre la manera en la que él combina el amor con el valor. A mí me parece que habría que distinguir entre el vínculo que hay entre el amor y el valor, y el que hay entre el amor y el sentido. Porque valor y sentido no son lo mismo. Una vida sin sentido, por ejemplo, podría ser una vida con valor personal. Ésta es la moraleja que Camus extrae del mito de Sísifo. Y podemos imaginar una vida con sentido personal pero sin valor. Es verdad que cuando uno ama a alguien encuentra en esa persona valores que de otra manera no hallaría. Pero también es cierto que uno puede amar a alguien y reconocer que vale muy poco, quizá nada. En la caridad cristiana uno ama a quien menos vale. En este caso, no suponemos que por nuestro amor la persona amada valdrá más, como tampoco suponemos que nosotros valdremos más por amarla. No es una cuestión de valor sino sencillamente de amor. Y lo que eleva este amor por

encima de los hechos ordinarios es su sentido. En un mundo sin valor, me parece, el amor podría seguir dando sentido a nuestras vidas.

No es casualidad que *Amor y mundo* acabe con una reflexión sobre la educación. J. Xirau buscó combinar los ideales pedagógicos de la tradición renacentista cristiana, en especial los de Vives, con los de la Institución Libre de Enseñanza, pero lo que es realmente excepcional es la manera en la que sus ideas pedagógicas embonan dentro del núcleo mismo de su pensamiento filosófico. En *Manuel B. Cossío y la educación en España* J. Xirau plasma de manera brillante y generosa, el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y, en particular, el de Manuel Bartolomé Cossío. Ese legado educativo, que encima de todo, es un legado moral, o mejor dicho, espiritual, desembarcó en México con el exilio español, iluminando no sólo las aulas universitarias, sino los salones de clase de los colegios primarios y secundarios en los que enseñaron maestros españoles. En México pudo salvarse algo de la herencia de la Institución Libre de Enseñanza. En la España de la dictadura este legado fue borrado por los fascistas y por los curas. Pero yo diría que hoy por hoy ni en España ni en México las corrientes principales de la educación coinciden con las de la pedagogía de Cossío o de J. Xirau. Mientras ellos ponían a la formación por encima de la instrucción, en nuestros países —en los que la instrucción deja mucho que desear— el ideal de formación personal parece estar olvidado. Y es que la formación de personas libres, responsables, intuitivas, con amor a la vida, a la naturaleza y al trabajo bien hecho requiere, sobre todo, de maestros que sean ejemplos vivos de todo ello. Los niños nacen con la materia prima —lo mismo pensaba Montessori— lo que es preciso cambiar a fondo es la escuela y no los edificios, ni las máquinas ni los libros, sino a los maestros mismos. La pedagogía de Cossío, no tiene, como la de Piaget, una base científica. Sin embargo, está fundamentada en observaciones muy finas y, sobre todo, en una concepción de la vida humana muy profunda y que nos es cercana. Pienso que un libro como el de J. Xirau sobre Cossío debería ser lectura obligatoria en nuestros cursos de filosofía de la educación

J. Xirau tenía una interpretación de la historia de España que expuso, entre otras partes, en su ensayo “Humanismo español” (tomo II, *Obras completas*). En pocas palabras la idea es la siguiente: hay una España que es la de Lull, la de Vives, la de las Casas, la de Giner, la de Cossío, que es una España luminosa, tolerante, plural, una España que pretende vencer con las armas del amor y la razón y no con las del acero y el odio. Ésta es la verdadera España. Pero hay otra, que podríamos llamar la Anti-España que es la de la Contrarreforma, la Borbónica, la Franquista, una España oscura, fanática, intolerante, jesuítica, ultramontana. Fue contra esta segunda España que lucharon los liberales peninsulares y los independentistas americanos en el siglo XIX. Desde esta perspectiva, la República había sido la culminación de un lento proceso de restauración de la primera España, proceso en el que la Institución Libre de Enseñanza desempeñó un papel importante. La filosofía de J. Xirau tiene, de manera muy deliberada, la dirección de la España de Lull, de Vives, de Cervantes, de Giner, de Cossío. No sólo en su dimensión moral o digamos espiritual, sino incluso en sus contenidos. El tema del amor y la razón, por ejemplo, es también de Lull. El tema del ataque a la abstracción, en particular de la abstracción intelectualizante, y de la defensa de la realidad concreta se halla también de algún modo en Cossío. Si

bien todos los filósofos del exilio español se ocuparon, en mayor o menor medida, de la tradición hispana, quizá es Xirau quien la incorporó de manera más cercana a su propio filosofar.

Estoy de acuerdo con J. Xirau en que podemos hablar de la existencia de dos Españas. Pero me parece que habría que tener cuidado al trazar esta distinción para no caer en una suerte de maniqueísmo —en el que, por cierto, no cae el propio J. Xirau. No puede soslayarse la riqueza intelectual de la Contrarreforma. Hubo en ella pensadores importantes sin los cuales no se puede comprender la historia de Iberoamérica. Tampoco puede olvidarse que el pensamiento de los jesuitas brilló en el orbe europeo durante los siglos *xvii* y *xviii*. En América, los jesuitas fueron un contrapeso al poder imperial, importaron la ciencia europea, y fueron antecedentes intelectuales de la independencia. Por ello, entre otras razones —algunas de ellas, hay que admitirlo, bastante oscuras— fueron expulsados de los dominios. Entre los exiliados españoles, José María Gallegos Rocafull se ocupó de estudiar y divulgar el pensamiento de Suárez y de otros teólogos españoles, mostrando que había en ellos mucho que aprender, incluso para un republicano, como lo era él.

Hay que estudiar con mayor detenimiento el lugar que ocupó J. Xirau en la filosofía mexicana. La obra de J. Xirau tiene coincidencias con la de Caso y con las de algunos de sus discípulos, como Gómez Robledo. Recordemos, por ejemplo, que J. Xirau y Caso fueron filósofos cristianos, que para ambos la noción de vida personal es central en su sistema, que los dos se alejaban de lo que veían como excesos del intelectualismo filosófico, que para los dos el amor tiene un papel fundamental y que los dos veían en la educación una misión personal y nacional más que una mera labor. Quién sabe qué ruta distinta hubiera tomado nuestra filosofía de haber estado J. Xirau más tiempo entre nosotros. Quizá su contacto con la filosofía francesa e inglesa hubiera contrarrestado el germanismo de la filosofía mexicana de mediados del siglo *xx*. Y quizá hubiera sido un contrapeso a la influencia del circunstancialismo y del existencialismo. Eduardo Nicol pensaba que esta moda era asincrónica con la realidad de México, que el ensimismamiento del circunstancialismo y el pesimismo del existencialismo no embonaban con la atmósfera constructiva y optimista del México de esa época y que, por ello, no podían ser, para nosotros, filosofías auténticas —a pesar de que con ellas se pretendiese fundar la auténtica filosofía mexicana. Aunque Nicol no lo diga, el reproche va dirigido, por lo menos en parte, a Gaos. Se ha hablado mucho de las diferencias entre las escuelas de Madrid y de Barcelona. No es este el lugar para mencionarlas, pero sí para recordar que el exilio filosófico español en México no fue heterogéneo por lo que respecta a doctrinas, estilos o propósitos. Sin restarle nada al enorme mérito de Gaos, es un hecho que con la muerte de J. Xirau, la influencia del primero en la filosofía mexicana de mediados del siglo *xx* no tuvo equivalente con la del resto de los filósofos del exilio español y que esto influyó para que la tradición filosófica barcelonesa no haya dejado la huella que pudo haber impreso en la filosofía mexicana de aquellos años. Pero no hay que olvidar que J. Xirau se había ya hecho de un grupo de discípulos —una réplica del Club Xirau de Barcelona— entre los que podemos mencionar a Emilio Uranga, Bernabé Navarro y Manuel Durán. Es probable que con el paso del tiempo, el grupo hubiera crecido en tamaño, actividad e importancia. Como decía Nicol en

*El problema de la filosofía hispánica*, J. Xirau tenía todo para haber sido un jefe de escuela, en particular, tenía ese poder absorbente de quienes ponen su vida al servicio de una misión redentora. Prueba de ello es la oración fúnebre de Emilio Uranga incluida en el primer tomo de las *Obras completas*. Impacta no sólo la devoción que Uranga le tenía a Xirau, a quien calificaba como un padre, sino el contraste que hay entre ese texto y el que años más tarde escribiera sobre Gaos. Pero más allá de lo que pensara Uranga y más allá de las diferencias de personalidad entre Xirau y Gaos, no está de más recordar lo distintas que eran sus concepciones de la filosofía. Para Gaos la filosofía es, en última instancia, una disciplina muerta, la confesión personal de una arrogancia diabólica. Para J. Xirau, en cambio, filosofar es vivir y la vida es movimiento, riesgo, anhelo y entrega.

Uno de los asistentes al seminario que J. Xirau impartía en su domicilio fue Bernabé Navarro. Yo solía platicar con él sobre la filosofía en México y siempre me hablaba con veneración de J. Xirau y de su seminario. Navarro guardó durante medio siglo los apuntes que tomó en dichas reuniones y que luego redactó y mecanografió con cuidado y esmero. Pocos meses antes de morir, Navarro me regaló una copia de esas notas. Este acto, aparentemente baladí, me conmovió. Comprendí que él quería compartir conmigo algo de aquellas tardes inolvidables en casa de J. Xirau, que quería que yo también recibiera, aunque fuera de manera indirecta y a la distancia, algo de su magisterio. La publicación de las obras de Joaquín Xirau permite que su espíritu siga vivo entre nosotros. Lo que nos toca es muy sencillo: abrir sus libros, leerlos.

GUILLERMO HURTADO

*Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM*  
gmph@servidor.unam.mx